

manifiesta una abierta militancia política o partidista; además las obras se dirigían al público urbano de clase media. Un caso fue el de la Comedia Mexicana. En esta parte se comentan algunas obras que Xavier Villaurrutia, Salvador Novo o Celestino Gorostiza montaron a partir de los años cuarenta. Se resume también la censura que sufrió el autor Carlos Díaz Dufoo al presentar *Sombra de mariposas*, drama de tema conservador en el cual el hijo de un industrial abraza la causa obrera y termina como un incomprendido. Al día siguiente del estreno (24 de octubre de 1936), la obra fue censurada por contravenir los principios ideológicos del cardenismo.

El estudio de Ortiz Bullé permite reconstruir el efervescente panorama del teatro mexicano durante las dos décadas que van de 1920 a 1940, y como conclusión principal hay que subrayar que el teatro se vinculó activamente con los temas y acontecimientos del momento. Los dramaturgos, independientemente de sus convicciones políticas y prácticas estéticas, mostraron un compromiso social, acaso porque el teatro es un espacio de encuentro y confrontación directa con el público. De igual forma, *Cultura y política en el drama mexicano...* invita a pensar en la complejidad del teatro de aquellos años, al evidenciar que en la dramaturgia mexicana, independientemente de los discursos modelizantes asumidos, se mantuvo la búsqueda por la innovación formal y la perfección técnica, tanto en la composición y tema del texto dramático como en las características de su representación.

CELENE GARCÍA ÁVILA

CARLOS FERNÁNDEZ y VALENTINO GIANUZZI, *César Vallejo. Textos rescatados*. Editorial Universitaria, Lima, 2009.

César Vallejo representa una de las máximas figuras de la lírica hispánica; sin embargo, no siempre fue así. Por el contrario, sus inicios estuvieron marcados por una rigurosa crítica contra él y su obra: principalmente en Trujillo, Vallejo soportó estoicamente el castigo de los colaboradores de *La Industria* y *La Opinión Pública*, publicaciones desde las que recibió andanadas de invectivas, como en los artículos dedicados a “El pan nuestro”, “Amor” o “El poeta a su amada”. Embozados tras los seudónimos de *El Hijo de Chocano*, *Kar Denal*, *Lloque Va*, *J. V. P.*, y, en algunos casos, desde el anonimato, los críticos desestimaron el valor del poeta de Santiago de Chuco. No faltaron, en un sentido contrario, quienes se empeñaron en defender la originalidad de Vallejo: Antenor Orrego, Abraham Valdelomar, José María Eguren y F. Esquerre Cedrón.

Carlos Fernández y Valentino Gianuzzi acuden a las publicaciones en que Vallejo divulgó sus primeros versos y, en algunos casos, recuperan fuentes poco conocidas o desconocidas. El resultado, un libro cuyo título, me parece, apenas esboza su intensa labor de investigación: *César Vallejo. Textos rescatados*. En éste, Fernández y Gianuzzi recogen versiones de poemas vallejianos que sólo habían sido citados indirectamente desde los testimonios de Espejo Asturrizaga o Coyné, lo que en gran medida ha empañado el trabajo de crítica textual emprendido con diversa fortuna: René de Costa, Américo Ferrari/José Miguel Oviedo, Raúl Hernández Novás, Ricardo González Vigil y Ricardo Silva-Santisteban han enfrentado el reto de editar la poesía de Vallejo; no obstante, la tentación de enmendar los errores de Vallejo con el afán de fijar el texto los ha hecho caer en un círculo vicioso: parten de testimonios de segunda mano, corrigen la ortografía y la puntuación vallejana indiscriminadamente, disputan con la viuda de Vallejo o entre ellos; pero dejan de lado lo único que permite establecer un texto y su aparato crítico: las versiones directas de poemas publicadas en revistas y diarios, o bien manuscritos autógrafos de Vallejo.

Decía que el título no refleja la rigurosidad crítica de Fernández y Gianuzzi, porque no menciona la reconstrucción del ambiente literario en que se gestó el poeta: consultan los estudios clásicos sobre Vallejo; recuperan los testimonios de quienes conocieron al autor de *Trilce* y expurgan los archivos más propicios para ofrecer el dato preciso que obliga a reformular los criterios de edición de, al menos, *Los heraldos negros*. Después de leer *César Vallejo. Textos rescatados*, el lector se dará cuenta de que tiene una imagen parcial del joven Vallejo, pues la crítica ha confiado en testimonios a menudo contaminados.

El libro comentado se divide en tres capítulos: uno dedicado a la poesía; otro, a la prosa; otro más, finalmente, a la reconfiguración de una polémica en torno de Vallejo y su obra. De este libro destaca la reproducción facsimilar de varios poemas, cuyas noticias o copias sólo se conocían por la mediación de Antenor Orrego, Juan Espejo Asturrizaga, Alcides Spelucín, André Coyné o Luis Monguió. Hoy se puede acceder a las versiones de “Aldeana”, publicado en *La Reforma* (1 de enero de 1916) y *La Industria* (29 de diciembre de 1920); “Sauce”, *La Reforma* (5 de mayo de 1916); “Para el alma imposible de mi amada”, *El Tiempo* (11 de agosto de 1917); “Dios”, *El Tiempo* (1 de abril de 1918); “Los dados eternos”, *La Semana* (23 de marzo de 1918); “Fiesta”, *El Tiempo* (3 de marzo de 1922); “Los heraldos negros”, *Mundo Limeño* (enero de 1918) y “Avestruz”, *Mundo Limeño* (febrero de 1918). Con excepción de “Fiesta”, todos los demás poemas fueron recogidos en *Los heraldos negros*, libro anunciado en 1918 y publicado hasta 1919.

Si bien los autores destacan que “las versiones de los poemas tienen un indudable interés filológico”, considero que también debe subrayarse el mérito que tiene su recreación del contexto de difu-

sión y recepción de los primeros poemas de Vallejo, al tiempo que rectifican fechas, declaraciones o enmiendan a sus antecesores. Este ejercicio de arqueología textual exige, por sus aportes, una nueva edición crítica, comentada o no, de *Los heraldos negros*.

Ahora bien, en el capítulo dedicado a las prosas poco conocidas o desconocidas de Vallejo, Fernández y Gianuzzi reúnen textos narrativos y críticos: entre éstos, el titulado “La intelectualidad de Trujillo” (*La Crónica*, 7 de marzo de 1918) donde el autor de *Trilce*, ya en Lima, ejercita el espíritu polémico que había ensayado en Trujillo; además, ofrecen la versión de un texto desconocido, “Una obra de mérito” (*El Comercio*, 17 de septiembre de 1924), reseña dedicada a una obra inédita del cartógrafo Hércules Arragoni, firmada en “París, agosto de 1924”. Con agudeza, los autores de *César Vallejo. Textos rescatados* señalan que “al margen de su contenido, el comentario sobre el libro de Arragoni pone de manifiesto la preocupación de Vallejo por abrirse camino en el mundo del periodismo tras su llegada a París” (p. 53). Y no parecen estar descaminados, pues por las mismas fechas, además de colaborar en la revista *Claridad* de Chile, en el número 33 de la revista española *Alfar*, de octubre de 1923, aparece “Trilce” (firmado en “París, 1923”); y en el número 39, de abril de 1924, el cuento “Los caynas” (firmado en “París, febrero de 1924”, aun cuando ya había sido premiado en la categoría de “cuento fantástico”, por el Concurso de Cuentos de *Entre Nous*, en 1922).

Entre los textos narrativos recuperados se hallan “Los mutilados” (*Claridad*, 22 de diciembre de 1923), “Hacia el reino de los Sciris” (*La Industria*, 1 de enero de 1924) y “Cera” (*La Industria*, 22 de abril de 1924). A pesar de que “ninguna de estas reimpresiones ofrece variantes sustantivas respecto a sus publicaciones en libro” (p. 62), es preciso considerar el valor de los testimonios, pues nadie antes los había descubierto.

La polémica que se reconstruye en el tercer capítulo permite ver una dimensión apenas imaginada sobre un poeta que aún no tiene un libro publicado siquiera. Este suceso, que tan puntualmente reconstruyen Fernández y Gianuzzi, fue decisivo en la producción poética de Vallejo, quien reafirmó “sus convicciones estéticas y respondió en varios poemas a los ataques que recibió de sus adversarios” (p. 69). La polémica pudo ser decisiva para que Vallejo saliera de Trujillo a Lima, tan ácida y enconada fue la disputa.

Al parecer, la gota que derramó el vaso fue un artículo sobre “El pan nuestro”, publicado por Vallejo en *La Reforma* (21 de julio de 1917), “«El pan nuestro». Versos de César A. Vallejo, dedicado a Alejandro Gamboa”, firmado con el seudónimo *El Amigo de Chocano*, en *La Opinión Pública* (26 de julio de 1917). No es, sin embargo, la primera vez que alguien censura los versos vallejianos durante 1917, ya que desde marzo este “interdiario” y *La Reforma* habían comenzado

una suerte de disputa sobre la intelectualidad trujillana. En la sección “Decires sin comentarios aquí en Trujillo”, Vallejo recibe ofensas de toda laya, hasta una aplicación de “La justicia de Jehová” en que se satirizan varios poemas de Vallejo, en un tono delirante.

A la polémica se suman *La Industria*, *La Opinión Nacional* y *La Semana*, donde por cierto Vallejo publica un poema a manera de venganza, “En desdén mayor”; en él adjudica a sus contendientes una “idiotez vacuna” al tiempo que manifiesta su profesión de fe: “Yo me quedo tan frío ante esos odios! / Canto siempre en desdén mayor mi verso! / Y ante la boca abierta de los charcos / llevo en mi mano, como un gran jilguero, / el propio corazón del Universo!” (p. 104).

Espejo Asturrizaga alude a este hecho y Ricardo Silva-Santisteban reproduce varios textos de la polémica en su edición de la poesía de Vallejo; sin embargo, la mayor virtud de Fernández y Gianuzzi radica en que no sólo aportan textos desconocidos sobre la polémica, sino que construyen un momento crucial en la vida de Vallejo. Este episodio sirve, además, de antesala para la aparición de *Los heraldos negros* y refuerza un destino literario que habría de cambiar el rumbo y el panorama de la lírica hispanoamericana de la primera mitad del siglo xx.

ANTONIO CAJERO VÁZQUEZ
El Colegio de San Luis